El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

Conjura en la Sevilla imperial

El Paseo Editorial

el paseo | narrativa

El Paseo Editorial

Jorge Arteaga Gómez

Conjura en la Sevilla imperial

XXIV Premio de Novela Universidad de Sevilla

El Paseo Editorial

el paseo, 2019

Universidad de Sevilla
ucicus
Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla

Esta novela, *Conjura en la Sevilla imperial*, de Jorge Arteaga Gómez, resultó ganadora del XXIV CERTAMEN DE LETRAS HISPÁNICAS DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA «RAFAEL DE CÓZAR» (AÑO 2018/19), en la modalidad de NOVELA, tras deliberación celebrada el día 28 de noviembre de 2018, en la sede del Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla (CICUS), por un jurado presidido por Luis Méndez Rodríguez, director general de Cultura y Patrimonio de la US, y formado por Juan Bonilla Gago, Victoria León Varela y David González Romero, representando a El Paseo editorial.

© Jorge Arteaga Gómez, 2019
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2019
www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: mayo de 2019

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: Deculturas, S.C.A.
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-949760-4-9
DEPÓSITO LEGAL: SE-914-2019
CÓDIGO BIC: FA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

El Paseo Editorial

A todos los que se fueron,
a todos los que están por llegar,
a todos, sin distinción, en general.

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

CONTENIDO

DEDICATORIA 11

PRIMERA PARTE (o primera tentativa) 13

CAPÍTULO I. Dos viajeros portugueses 15
CAPÍTULO II. La sospecha 25
CAPÍTULO III. La entrada triunfal de la infanta 31
CAPÍTULO IV. Dudas e interrogantes 39
CAPÍTULO V. Una reunión secreta 44
CAPÍTULO VI. San Marcos 57
CAPÍTULO VII. El emperador en Sevilla 70

SEGUNDA PARTE (o segunda tentativa) 83

CAPÍTULO VIII. El diablo de nuevo en casa 85
CAPÍTULO IX. Un trago amargo 90
CAPÍTULO X. Un cadáver en el Tagarete 98
CAPÍTULO XI. Sarracina en los almacenes abandonados 103

El Paseo Editorial

TERCERA PARTE (o tentativa final) 111

CAPÍTULO XII. El ultimátum 113
CAPÍTULO XIII. Fiestas y regocijos populares 119
CAPÍTULO XIV. La última oportunidad 127
CAPÍTULO XV. Preparativos para la fiesta final 134
CAPÍTULO XVI. Carlos V en la arena 139

EPÍLOGO 153

El Paseo Editorial

A la mayor gloria de la magnífica emperatriz
del Sacro Imperio romano-germánico
y reina de España,
doña Isabel de Avís y Trastámara.

A la memoria de mi buen amigo y excepcional
persona, don Hernando Colón y Henríquez,
hijo que fue del gran almirante de la Mar Océana
don Cristóbal Colón.

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

PRIMERA PARTE
(o primera tentativa)

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

CAPÍTULO I
Dos viajeros portugueses

Desde el descubrimiento del Nuevo Mundo y su posterior elección como cabecera del comercio indiano, Sevilla no había parado de crecer hasta transformarse, de facto, en la capital del recién creado Imperio hispánico. Además, durante los primeros días del año de Nuestro Señor de 1526, la ciudad se había convertido en un hervidero de gentes que, procedentes de los lugares más diversos, habían acudido para participar en la próxima celebración del enlace imperial entre Carlos y su prima carnal, la infanta Isabel de Portugal.

Sevilla era una ciudad en permanente estado de agitación, pero en aquellos días parecía como si hubieran sacudido un avispero enorme, pues sus gentes habían entrado en una especie de delirio: todo el mundo parecía andar de aquí para allá más deprisa y nervioso de lo normal, la actividad comercial se había disparado y las posadas y tabernas estaban abarrotadas. Ciertamente, había razón para ello, ya que no todos los días se casa la persona más poderosa del mundo con la más hermosa doncella —según decían— de todo el orbe.

Ese mismo año del enlace imperial yo era un mozo imberbe que contaba tan solo con doce años de edad y que

acababa de llegar a Sevilla apenas unos meses antes, procedente del pequeño pueblo aljarafeño de Almensilla (fundado en época árabe, como muy bien indica su nombre). Mi padre era un humilde campesino que pasaba larguísimas jornadas labrando el pequeño trozo de tierra que había heredado de su familia, pero al que, a pesar de su absoluta dedicación, apenas conseguía arrancarle el sustento necesario para alimentarnos. Para mi desgracia, madre no tenía, pues la pobre, desde la niñez, siempre había sido muy delicada y tras mi nacimiento su estado de salud empeoró a pasos agigantados, hasta sucumbir al poco tiempo a causa de unas terribles fiebres. Según me explicó años después una vecina que había asistido a mi alumbramiento, el parto había resultado harto complicado, lo que provocó que el enfermizo cuerpo de mi adorada madre no pudiera superarlo.

Debo decir que mi infortunio, que no hizo más que principiar con la muerte de mi querida madre, se acentuó de forma colosal cuando el bueno de mi padre decidió volver a contraer matrimonio con otra mujer; viuda como él, pero tan fea como el mismísimo demonio y, lo que era aún peor, con el carácter más agrio que un saco de limones. A la susodicha no le debí de caer en gracia, pues un día tras otro, noches incluidas, no fuera a ser que me acostumbrara a lo contrario, me hacía la existencia imposible, y se ocupaba únicamente de sus dos hijos, que había tenido en su matrimonio anterior, y que, por cierto, también me hacían la vida insoportable. De este modo, como era hijo único y nada de lo que dejaba atrás me ataba (excepción hecha de mi padre, pero él ya había vuelto a encauzar su vida), decidí un buen

día buscarme el sustento por mi cuenta y, sin pensármelo demasiado, marché a la cercana ciudad de Sevilla.

La tarde antes de emprender el camino, mi padre se sentó a mi vera para hablarme, y con la sobriedad acostumbrada, pero también con la experiencia que le daban los años vividos, me aconsejó que me comportara siempre con derechura, pues, según él, al pobre no le quedaba otra que, al menos, ser honrado. Además, me hizo prometer por lo más sagrado que nunca me convertiría en uno de los muchos golfillos, pícaros o rufianes que abarrotaban las calles de la ciudad que atraviesa el Guadalquivir. Yo le prometí, siguiendo el consejo del Todopoderoso, que siempre me ganaría el pan con el sudor de mi frente y que nunca caería en el mundo de la delincuencia, que, por cierto, era lo más fácil para un niño recién llegado a aquella ciudad populosa y despiadada. Asimismo, le juré por el recuerdo de mi santa madre (me hice incluso la señal de la cruz) que antes de verme envuelto en el mundo del hurto y del crimen, si las cosas no marchaban como yo esperaba, partiría de inmediato hacia las nuevas tierras descubiertas allende los mares para labrarme un porvenir más venturoso.

La verdad es que tuve bastante buena estrella y no tardé demasiado tiempo en encontrar un trabajo con el que poder mantenerme. Primero acudí a los numerosos talleres artesanales que se hallaban repartidos por la ciudad para aprender el oficio correspondiente, pero todos contaban ya con, al menos, uno o dos aprendices. Por tanto, durante los primeros días de mi llegada tuve que dormir al raso en los portales que daban a las peligrosas calles sevillanas y alimentarme de la caridad que ofrecían las nume-

rosas casas de beneficencia, repartidas a lo largo y a lo ancho de la gran urbe. Pero como el que la sigue la consigue y a terco no hay quien me gane, al cabo de unas semanas encontré trabajo en una de las muchas tabernas cercanas al puerto, en el popular barrio del Arenal.

La taberna se llamaba El Laurel, aunque también se la conocía como la de Juan el Gordo, pues así se llamaba su dueño y en verdad que a carnes y grasa no había quien le ganara. La entrada a la taberna daba directamente a una gran explanada de arena (de ahí el nombre del barrio) que antecedía al famoso puerto sevillano, y desde su puerta se podían contemplar los numerosos puestos de comerciantes con mercaderías que iban y venían, de continuo, a las embarcaciones fondeadas en las tranquilas aguas del río Guadalquivir. Esta incesante actividad favorecía, sin duda, el negocio de mi amo Juan, pues dicha taberna se encontraba al lado de las Reales Atarazanas y era la más próxima al puerto, con lo que el trajín de gente era constante. A cualquier hora la taberna estaba abarrotada de calafates, pescadores, mercaderes, marinos y soldados, así como de viajeros que embarcaban de manera incesante para las Indias. Ya por la noche, se llenaba de truhanes, bribones, canallas, tahúres, pendencieros, contrabandistas, busconas y todo tipo de gente de mal vivir, ya que, aunque la taberna era el lugar preferido de reunión de gente de toda condición y pelaje, lo era sobre todo de la de más baja estofa. Además, no se debe pasar por alto que la taberna estaba casi pegada al célebre Compás de la Mancebía, emplazamiento bastante animado, especialmente cuando comenzaba a anochecer y despertaban las pasiones más bajas o más íntimas.

Free Edition

Pero además de la cercanía al puerto, a los astilleros y al populoso burdel, lo cual la convertía en un lugar frecuente de paso, otra circunstancia fomentaba el renombre de la taberna, y era el vino de calidad y las buenas viandas que se servían. En cuanto al vino, se dispensaba un cazalla puro muy estimado entre los parroquianos, no como en el resto de tabernas, bodegones y mesones, en los que se vendía un vino cocido o mezclado. En lo que hacía a la comida, la fama se debía a Beatriz, la abnegada esposa de mi señor Juan, una bella mujer bastante más joven que él y que tenía una mano increíble para los guisos y los potajes, además de para el adobo, ya que no había, al menos en Sevilla, establecimiento que igualara el sabroso pescado adobado procedente del río que allí se consumía. De hecho, no había viajero que se preciase que, al pasar por la ciudad, no se acercara a degustar bien algunos de los guisos, bien el exquisito pescado adobado de la señora Beatriz. Sin ir más lejos, yo mismo podía dar fe de la fama en el buen yantar de la taberna, pues aunque no recibía ni un solo maravedí por el trabajo que hacía y siempre se me pagaba en especie (con comida y techo), la verdad es que me lo cobraba a base de bien: nunca dejaba ni una sola migaja en el plato, y cualquier cosa que se me pusiera por delante salida de las manos de mi señora Beatriz la devoraba con ansia, ya que a mí me sabía como el más exquisito manjar que se le pueda ofrecer a reyes y príncipes.

Debo decir que en los escasos meses que llevaba trabajando en El Laurel me había acostumbrado bastante bien a mis quehaceres y desarrollaba las tareas con gran desenvoltura. También he de reconocer que el trabajo me gustaba, pues, aunque era agotador, se conocía a bastante gente

y se llegaba a trabar, si no una auténtica amistad, sí cierta camaradería, sobre todo con la clientela habitual. En muy poco tiempo, entablé amistad con muchísimos mozos de carga y descarga del puerto, así como con pescadores, mercaderes y soldados. No obstante, de todos los individuos que conocí, el de lejos más interesante, sin lugar a dudas, era un tipo extraño y no muy agraciado, que no sé si acudía a El Laurel por el adobo o simplemente por la cercanía al puerto, pero lo cierto es que era un asiduo. Se llamaba don Hernando Colón y era el segundo hijo del gran almirante don Cristóbal Colón. Tenía un bigote largo y canoso, orejas grandes, frente arrugada y labios de pescado. Siempre lo atendía el mismísimo Juan el Gordo, pues un personaje de tamaña importancia merecía la más alta consideración. A fuerza de verme por allí trajinar, un día, no obstante, se sentó y no esperó a que mi dueño apareciera, sino que me pidió a mí una jarrita de vino. Algo en mí debió de recordarle su infancia, porque me contó, cuando le serví, que había vivido de niño en la corte y, desde ese día, ya siempre me llamaba a mí para que lo atendiera. A mí me fascinaba que un hombre tan sabio y de tanto porte tuviera también esa cercanía con la gente corriente. Era un gran viajero y un lector incansable, y su educación aristocrática no lo había vuelto ni mucho menos altivo.

Cuando venía a la taberna, solía sentarse en una de las mesas de fuera, bajo una blanca lona de barco que hacía de toldo, y allí, mirando el río atestado de embarcaciones, me iba relatando las peripecias que había vivido en el Nuevo Mundo en compañía de su padre o por Europa como consejero del emperador. Don Hernando, que no estaba casado,

era una persona callada, tímida y solitaria, pero, cuando se hallaba en mi compañía, por alguna extraña razón, esa timidez parecía esfumarse y por su boca salía una enorme cantidad de aventuras, episodios y anécdotas que yo escuchaba con gran atención y verdadero entusiasmo. Si lo traigo tan pronto a colación, para después aparentemente olvidarlo, es porque de aquella época recuerdo sus conversaciones con cariño y porque, como se verá más adelante, revisados con la perspectiva del tiempo pasado mis años de juventud y el inicio de esta historia mía, que coincidiéramos no me parece ahora casual como entonces me lo pareció, sino providencial.

Cierto día llegaron dos viajeros que se sentaron en una mesa cerca de la puerta. Los dos vestían completamente de negro desde la cabeza a los pies o, lo que es lo mismo, desde el sombrero hasta las botas. Tanto el uno como el otro se caracterizaban por ser altos, de complexión robusta, con el cabello negro, corto y enmarañado, los ojos oscuros y la tez muy morena. No los hubiera distinguido, salvo por el enorme mostacho de uno, que le tapaba todo el labio superior, y la profunda cicatriz en la mejilla derecha del otro, que le bajaba desde el rabillo del ojo hasta la comisura de la boca. Rápidamente, tal como me habían enseñado y era mi obligación, me acerqué a ellos para atenderlos, diciéndoles de manera cortés:

—¿Qué se les ofrece a vuesas mercedes?

Entonces, el que lucía el enorme bigotazo me contestó con brusquedad y un acento que denotaba su procedencia forastera:

—Haz el favor, zagal, y ve a llamar al dueño.

Di aviso a mi señor Juan, que, sin perder un solo instante, se acercó a los dos individuos para conocer sus deseos. Y yo, que me puse a atender otras mesas cercanas a la de los dos viajeros, me pude enterar de toda la conversación. El primero que habló fue mi señor Juan y el que siempre respondía era el del gran bigote; el otro se mantuvo en todo momento a la expectativa, sin soltar una sola palabra y sin decir esta boca es mía.

—Sean muy bienvenidos. Mi nombre es Juan y soy el dueño de esta casa. ¿Qué desean vuesas mercedes? —preguntó mi señor.

—Primero, yantar y buen vino —le respondió el viajero.

—Si eso es lo que desean, han acudido al lugar más apropiado de toda la ciudad —dijo con diligencia mi señor.

—Eso se comenta por estas calles. Pero también andamos buscando posada para descansar unos días —señaló el del vistoso mostacho.

—Por fortuna también de eso les puedo ofrecer. Dispongo de varios aposentos, no muy amplios ni lujosos, pero sí limpios y cómodos para el buen descanso —apuntó mi señor, vendiendo su negocio tan bien como solo él sabía y, tras una pausa, añadió—: ¿Puedo preguntarles si han venido con motivo de la boda del emperador?

—No. Por negocios —gruñó el del bigote.

—Entiendo. Igualmente tenemos espacio. Esta casa se complacería muchísimo de tener a vuesas mercedes como huéspedes.

—Si es así no hay más que hablar; damos este trato por cerrado. Ahora comeremos —sentenció el tipo mientras sellaba el trato con un breve apretón de manos.

—Como deseen vuesas mercedes. Ahora mismo el muchacho les traerá el vino y las viandas que gusten —concluyó mi señor con un ligero saludo de cabeza, al tiempo que se retiraba con la cara iluminada y una sonrisa de oreja a oreja.

Siguiendo las órdenes de mi señor, con la mayor celeridad posible, les serví una generosa jarra de vino fresco y un poco de cecina para acompañar.

De este modo, los dos viajeros quedaron alojados en la planta de arriba de la taberna y la verdad es que sí que fue una tremenda suerte para ellos haber encontrado alojamiento en esos días de tanto ajetreo, puesto que, ante la inminente boda del emperador, todas las posadas y hospederías de Sevilla estaban ya ocupadas. Todos los locales públicos con espacio disponible debían albergar obligatoriamente a los inmensos cortejos que acompañaban tanto al emperador como a su futura esposa la emperatriz. Si bien todos los nobles, prelados y gente de alcurnia debían ser aposentados en los palacios de las familias nobiliarias, la formidable cantidad de guardia personal, criados, lacayos, pajes, escuderos, doncellas y camareras que iba con ellos debía ser hospedada en las fondas y posadas públicas de toda la ciudad y, a veces, si era necesario, incluso en las casas particulares de los propios vecinos. Para ello, el mismísimo soberano dejó en suspenso (y solo para esta ocasión), un antiguo privilegio del Rey Sabio y otro de sus abuelos, los Reyes Católicos, confirmados ambos por la propia reina Juana, su madre, que eximían a los vecinos de Sevilla de las cargas obligadas de aposentamiento. Pero como en realidad siempre se procuraba buscar aloja-

miento dentro de las murallas para que los sirvientes estuvieran en todo momento cerca de sus señores y la taberna se encontraba extramuros de la ciudad, El Laurel no fue destinado, en principio, para esa obligación.

Según pude conocer más tarde, los dos viajeros eran hermanos de sangre, naturales del vecino reino de Portugal, y se dedicaban al tráfico de esclavos. Habían venido muy acertadamente a Sevilla, pues no había lugar en el reino de Castilla ni en toda Europa que igualara a Sevilla en número de esclavos. Los había de toda condición y procedencia: negros, turcos, berberiscos, canarios… Andando por calles y plazas era muy fácil cruzarse con alguno que otro, y tan crecido número no solo se debía a la circunstancia de que se hubieran convertido en una mercancía muy valiosa como mano de obra, sino también a que, en muchos casos, poseer un esclavo o varios era signo de prestigio y distinción y, en una ciudad en la que tanto gustaba aparentar, nobles, clérigos y mercaderes hacían ostentación de ellos, y hasta algunos humildes artesanos se jactaban de su tenencia. Sevilla, por tanto, se había convertido en el mercado más renombrado para la compra y venta de esclavos, y en este lucrativo negocio se hallaban implicados mercaderes de todas las nacionalidades: obviamente, los había portugueses, pero también florentinos, genoveses, flamencos, ingleses e incluso negociantes sevillanos que se habían incorporado recientemente a este provechoso comercio, y todos ellos realizaban sus operaciones en las siempre concurridas gradas de la santa iglesia catedral, donde nunca faltaban las subastas diarias.